criados: el cual acabado, acaban juntamente con él la vida.

En esta obra se ve claro, como todas las cosas crió aquél Soberano Señor para el hombre; pues estos animales tan provechosos para nuestro servicio, no nacieron ni vivieron para sí, sino para el hombre; pues acabado este servicio, acabaron juntamente con él la vida. Donde parece, que con su acabamiento están diciendo al hombre: Yo no nací ni viví para mí, sino para tí; y por esto, fenecido este servicio, me despido de ti. Y esto aún se ve más claro, porque aquella casa, que estos animalillos con tanto trabajo fabricaron, no sirve para su habitación, sino para el hombre; pues acabándola de hacer, luego la aportillan, y la desamparan sin usar más de ella, como edificio que no fabricaron para sí, sino para nosotros. En lo cual se ven las riquezas y el regalo de la Divina Providencia, la cual no contenta con haber proveido para nuestro vestido de lana de las ovejas, y los cueros de los animales, con otras cosas tales, quiso también proveer esta tan preciosa y tan delicada ropa, para quien de ella tuviese necesidad,

Y es aquí mucho para considerar, que siendo los hilos de este capullo más delgados que los cabellos, y hechos de una materia tan delicada, y flaca, como es el humor y babas de estos gusanos, vienen á ser tan recios, que se pueden facilmente recoger, devanar, tejer, y pasar por mil martirios, antes que se deshaga la seda de ellos, para que se vea cuán admirable, y cuán proveído sea aquel Celestial maestro en todas sus obras. Y no menos declara El aquí la grandeza de su poder, pues dió habilidad á un gusanillo, que en dos



días nace, y dos meses vive, para hacer una obra tan preciosa, y tan delicada, que todos los ingenios humanos no acertarán á hacer.

Mas entre estos no dejaré de referir aquí á Plinio, el cual tratando de estos animalillos, dice, que de la ropa, que se hacía de seda, y de hilos tan delgados, se servían antiguamente solas las mujeres, y después vinieron también los hombres á usar de ella, los cuales estaban tan acostumbrados de traer vestidas las lorigas, que no podían sufrir estas comunes vestiduras, y por esto vinieron á tomar las de las mujeres.

(Fr. Luis de Granada.)

---

# DIÁLOGOS DOCTRINALES

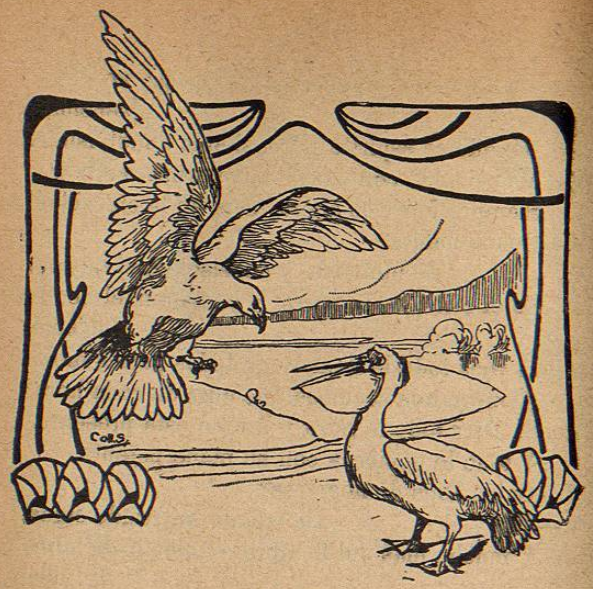
## DIÁLOGO PRIMERO

## DIOS!

*Maestra.*—¿Quién os puso en el mundo y os donó
[la existencia?
*Niña.*—Dios me crió porque es bueno, y con su
[omnipotencia.
*M.*—¿Para qué fin os hizo Dios salir de la nada?
Objeto tener debe obra tan acabada!
*N.*—Para que en esta vida sea el servirle y
[amarle.
Y en la otra, después vaya á verle y á gozarle.
*M.*—¿Mas este Dios quien es?
*N.*—Es la causa primera.
El Autor infinito de la creación entera:
El mandó, y á su acento las cosas fueron
[creadas.
El dijo, y á su imperio fueron todas formadas.



*M.*—Mas ¿puede suponerse un cuerpo en Dios,
[sensible?
*N.*—Nó: que es espíritu puro, simple é indivisible.
*M.*—Mas cuándo comenzó? Tuvo primera edad?
*N.*—Siempre fué y es ahora, será en la eternidad!
*M.*—Dónde habita?
*N.*— Es inmenso, y subsiste en sí mismo.
En el cielo, en la tierra y hasta en el hondo
[abismo.
*M.*—Si Dios todo lo llena y en todas partes mora:
¿Conoce mis acciones, me mira en cada hora?
*N.*—Sí, Dios todo lo mira y á todo está presente.
Y todo lo gobierna con su mano potente.
*M.*—Cuida Dios de nosotros?
*N.*— De cuanto ha criado cuida.
Y mucho más del hombre á quien le dió alma
[y vida.
Su mano nos sostiene, y aún siendo pecadores,
Como es un Dios tan bueno nos colma de fa-
[vores.



# Fábula 13.ª

## El Pelícano y el Aguila

Sobre la copa de un frondoso pino
Orillas de la mar
El sensible Pelícano vivía
En triste soledad.
Robóle el cazador con plomo impío
Los hijos de su amor,
Y de entonces los pájaros que lloran
Sus caros hijos son.
Al triste, al indigente y al enfermo,
A todos da salud;
A todos el Pelícano prodiga
Tierna solicitud.



Un día en que unas aves huerfanitas
Estaban á sus piés,
Y él vertía la sangre de sus venas
Para calmar su sed,
Un Aguila real, de entrañas duras,
Que acertaba á pasar,
Asombrada de tanto sacrificio
Clamó:—"¡Loco de atar!
¿Por qué para endulzar agenos males
Te expones á morir;
Si esas aves, tal vez mañana ingratas,
Se olvidarán de tí?
¿No ves que el ser verdugo de tí mismo
Es una atrocidad?
Yo francamente, para ser verdugo,
Lo soy de los demás.—
—Guarda, guarda, tirana de los aires,
Ese instinto feroz,
Que si tú siembras el dolor y luto
Yo sembraré el amor.—
—¿Y qué vas á ganar, tonta avecilla,
Con ese proceder?
—El consuelo interior que goza siempre
Aquel que ejerce el bien.—
—Ni riquezas, ni puestos elevados
Alcanzarás así.—
—Tendré las bendiciones de los pobres,
Y ellas me harán feliz.—
—¡Buen provecho! no pienses que ninguno
Quiera imitar tu afán."
Y eso diciendo, se subió á las nubes
El Aguila real.
Entonces la avecilla bienhechora
Los huéfanos asió,
Y tornó á darles con sublime afecto
Sangre del corazón.

---

Esa Ave la ha esculpido en sus altares
La Santa Religión;

Esa Ave bienhechora es, hijos míos,
La pura imágen del divino amor.
¡Ay! adoradla y bendecid en ella
La caridad de Dios.

. . . . . .

*José Salas.*

---

## 19.ª ADIVINANZA

Soy vianda la más sabrosa
Que se puede imaginar;
Carne mejor no has de hallar
Más suave y más delicada:
Ni se trincha ni se parte
Mas á todos se da entera,
Y guisada en tal manera
Y con tan divino arte,
Que por fuera pan parece,
Mas carne y sangre te ofrece.
Quien no lo entiende hace rato,
O es muy tonto, ó muy..... ingrato!

---

## 20.ª ADIVINANZA

Parado estoy sin manto noche y día
En un rincón, ó echado contra el muro;
Ni me quejo, ni lloro, ni murmuro,
Aunque esté abandonado en noche umbría.



Mas á media semana, ¡qué cantores!
Qué músicas! qué luces! cambio grato!
Con un velo de seda por ornato
Ya cubren mi cabeza de primores!
Dos graciosos infantes me reclaman:
En medio del concurso me hacen puesto,
Dos príncipes con traje bien compuesto
Cantan en mi cabeza, y me embalsaman:
Mas luego me descuidan, me abandonan;
Y otra vez ¡suerte ingrata! me arrinconan!

---

# MORAL SAGRADA

## TEXTO PRIMERO

### PRUDENCIA É INSIPIENCIA

La mujer sabia y prudente
Va edificando su casa,
Mas la estulta é insipiente
Destruye la edificada. *(Prov. XIV, 1.)*

EDIFICAR su casa, se entiende aquí, buenas niñas, no de la casa material de piedra, que no la trabajan mujeres, sino los albañiles; por casa se significa la gente ó la familia que vive dentro de ella, y quiere decir, que una mujer discreta y juiciosa, con su trabajo, con su economía, con su cuidado, conserva los bienes, educa á sus hijos, sabe llevar bien á sus criados, y tiene, en una palabra, á toda su familia perfectamente arreglada; pero al contrario, la mujer necia, descuidada, floja,



no sólo no hace cosa buena, sino que, aún lo que encontró bueno, lo echa á perder, "destruye la edificada", es decir, empobrece á su esposo ó hermanos, malea á los criados, tuerce la educación de los niños, se rodea de amigas necias como ella, que la ponen rematada en su locura. Sed, desde pequeñas, prudentes, juiciosas, enemigas de malas compañías, para que después os toque la primera mitad de este texto, y no os hiera la segunda.

---

# MORAL SAGRADA

## TEXTO SEGUNDO

### IRA Y RIÑA

A la mujer litigiosa,
La Escritura la compara
A los techos que destilan *(Prov. XIX, 13.)*
En gotera continuada. *(Ib. XXVII, 15.)*

HABEIS observado, niñas, cuán molestas, cuán fastidiosas son las goteras, principalmente por la noche que no dejan dormir, con su ruido acompasado? Ellas pasan los techos, pudren las vigas, cuartean las paredes y arruinan las casas. Pues así es una mujer pleitista y querellosa; molesta, fastidia, hace irse á los criados, y acaba con

la familia. Aprended desde luego á moderar vuestro genio; porque después será tarde; como se tapa pronto la gotera antes que haga un daño irreparable. En esta comparación, que dos veces repite el Libro sagrado, se nos ha querido dar á entender que dos males causa el caracter litigioso y turbulento de las mujeres: arruinar su propia casa, que es su propia alma y su conciencia, y molestar terriblemente á los demás, fastidiando con sus palabras airadas, y sus gritos, y sus gestos insufribles. Las mujeres iracundas, como las goteras, causan ruina y molestia; fastidian y dañan, enfadan y perjudican.

---

# SÁBADO DÉCIMO TERCERO

## La Aparición guadalupana

### I

*El Tepeyac.—El indio Juan Diego.—La música maravillosa.—El coloquio de la Virgen.—El recado del enviado.*

AHORA, mis amadas niñas, voy á referiros una historia, que no dudo veréis con mucho gusto, porque es la mayor gloria de nuestra patria, y de la Religión en Méjico. En ella nos ocuparemos los sábados restantes y os ruego la atendais debidamente. A una legua poco más de la ciudad de Méjico, hay un cerrito que los mejica-

nos llamaron en su lengua *Tepeyacac*, que quiere decir punta ó nariz de cerros, porque en él rematan los que le rodean.

En este sitio, pues, pasaba lo que voy á referiros. Era un sábado, día 9 del mes de Diciembre del año de 1531, como diez después de la conquista de este país por los españoles que trajeron la verdadera fe de Jesucristo, cuando un indio cándido y sencillo, llamado Juan Diego, recién bautizado, caminando de su pueblo para la ciudad, muy de mañana, con el fin de oir la Misa que, todos los sábados decían en su templo los religiosos de San Francisco, al pasar por el cerrito, escuchó de repente una música tan suave y deliciosa, que le llenó de dulce admiración; parecíale como el canto de muchos pájaros juntos que se correspondían unos á otros con suavidad y armonía inexplicable. Pasado un rato gustando de aquella consonancia arrebatadora, levantó á poco los ojos á la altura del cerro, de donde le parecía venir aquellos concentos celestiales. Presentóse entonces á sus ojos un arco iris de hermosísimos colores en cuyo centro se miraba una gran luz, y acercándose á ella confiadamente, descubrió en medio de aquel trono luminoso una Señora de sobrenatural belleza, de aspecto regio y glorioso, pero benigno y sonriente al mismo tiempo, circundando de rayos brillantes de luz, coronada con ellos la cabeza, y el manto azul salpicado de estrellas. Esta linda Señora, desplegando sus labios, más puros y bellos que los botones de nacaradas rosas, con una voz de dulzura infinita, llamó al neófito por su nombre, haciendo ademán de invitarle á subir al risco empinado cuya cima coronaba. Obedece gustoso Juan Diego, y al llegar á la presencia de la



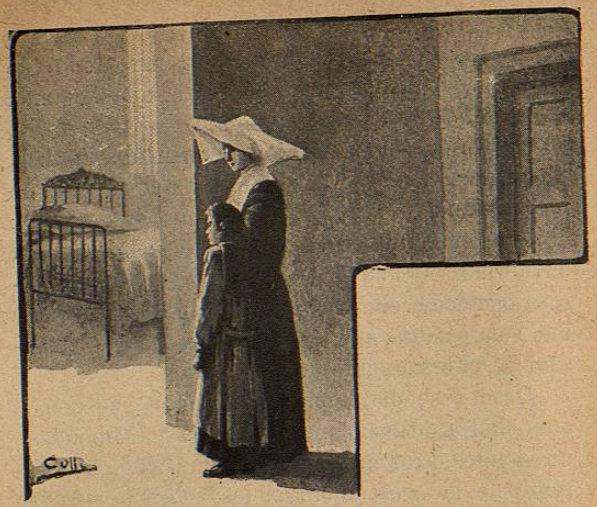
bondadosa soberana, ésta le pregunta: Juan, hijo mío, á dónde vas ahora? El encanto de esa voz celestial traspasa su corazón de júbilo indecible; pero un sentimiento de filial confianza le reanima, y responde: "Voy, Señora mía, á la doctrina que los Padres de San Francisco nos enseñan en Santiago de Tlaltelolco, y á oir la Misa de la Virgen, que se canta en su iglesia los sábados." "Sabe, hijo mío, prosiguió la Señora, que yo soy María Virgen, Madre del verdadero Dios; es mi voluntad que se me edifique un templo en este sitio, y en él me mostraré piadosa madre contigo y con los tuyos, y con cuantos me invocaren para remedio de sus necesidades. Anda al Obispo, dile lo que has visto y oído, y cómo es mi voluntad que se me edifique un templo en este lugar. Yo te agradeceré y pagaré con favores este obsequio." El indio, encantado, subyugado, profundamente conmovido con la dulzura de aquel acento que le parecía muy más suave que las músicas primeras, se apresuró gozoso á llevar el recado. Como embargado y fuera de sí, recorre la distancia que le separa de la ciudad, corre en busca del Prelado, y vencidas las dificultades que halló para hablarle, por fin llegó á su presencia, y narra sencillamente lo sucedido, y dió de parte de la Virgen María, Madre de Dios, el recado que le había sido encomendado. Este Obispo (pronto hecho Arzobispo) era un religioso franciscano de ciencia y gran piedad, que se llamaba Fr. Juan de Zumárraga, quien oyó al indio, sin parecer dar gran crédito á sus palabras, porque así lo aconseja la prudencia en esos casos, pero diciéndole que en otra vez, después de pensarlo, le daría la debida respuesta.

Muchas reflexiones podéis hacer, niñas cristia-

nas, en esta hermosa historia: la primera, la bondad de la Santísima Virgen en bajar á visitar nuestro suelo para traernos tantos bienes; la segunda, su benignidad en escoger por mensajero á un indio humilde y sencillo, porque ama mucho la sencillez y la humildad, y por eso debeis tratar de practicar esas virtudes; la tercera, cómo del mismo modo que el discípulo de Jesús, que nos representó á todos en el Calvario, recibiendo á María por su Madre, se llamaba Juan, así ahora, tanto el indio, como el Prelado llevan el nombre de Juan, como representando á todos los Obispos y á todos los fieles de la Iglesia mejicana; la cuarta, cómo el indio caminaba á oir Misa en sábado, y á estudiar la doctrina, dos cosas muy provechosas, en que debeis imitarle, pues muchas niñas se aplican en la escuela á varias cosas, pero miran con tedio y pereza la instrucción en la doctrina, que es mucho más importante que todo, y muchas no van á Misa entre semana, ni aún siquiera los sábados en honor de nuestra Madre querida, por perezozas, y no querer levantarse temprano. Pero ya veis cuánto se agrada la Virgen Santísima con quien la honra el día del sábado, pues en él hizo la grande honra, y beneficio tan señalado á nuestra nación. La niña que sea verdadera devota de la Virgen María, que le rece cada día su rosario, que le consagre los sábados de un modo especial, logrará un día ver su amable hermosura, y escuchar su dulcísima voz, no por un rato como Juan Diego, sino siempre, siempre en el cielo.

Seguiremos esta historia en el sábado siguiente, mis amiguitas.

---



# DÉCIMO CUARTO DOMINGO

**Vida de una Santita de nueve años**

XIV

*Su heroica resignación enmedio de los más atroces dolores.—Accesos de tos horribles. —Va empeorando más y más.—Llévanla á la enfermería.*

El mal del brazo se agravaba más y más cada día; los dolores eran más y más vivos, y la pobre niña no podía ni dormir, ni comer, ni ocuparse en algún quehacer por ligero que fuese; y siendo tan amante del trabajo, el verse así forzada á estar sin hacer nada, le causaba alguna tristeza su estado. Con la esperanza de sanarla se le apli-

caron toda especie de remedios; pero todo fué inútil, por lo cual se hizo necesaria una segunda operación.

Luego que vió al cirujano, comenzó á llorar la pobre niña, pues ya hemos dicho que la vista de un instrumento cortante le causaba gran miedo: sin embargo, unas pocas palabras bastaron para decidirla á ese nuevo sacrificio, sufriendo la dolorosa operación sin dar ni un suspiro ni proferir una sola palabra, antes ni aun quiso que se le sostuviese el brazo enfermo.

Desde ese día, lejos de mitigarse sus penas, aumentaron de una manera espantosa, añadiéndose á todos los otros males una tos muy fuerte, diferente de la acostumbrada; los accesos, siempre graves, eran mucho más violentos hacia las ocho de la noche, continuando así por espacio de una hora sin la menor interrupción. Una noche le sobrevino esa tos una hora antes y le duró cuatro horas enteras, con tal tenacidad y tan fuertes convulsiones, que á cada instante creíamos verla ahogar; con gran trabajo se le hacía pasar alguna medicina con la esperanza de aliviarla un poco; pero, ¡vana esperanza! la tos no cesaba, oyéndose hasta muy lejos los esfuerzos convulsivos de la pobre niña, lo cual destrozaba horriblemente nuestros corazones.

Admiremos aquí el poder de la gracia.

Siendo presa de tan atroces convulsiones, que aumentaban cada vez más, con la herida del vientre abierta por la violencia de la tos, y el paladar irritado por tantos remedios, no se notaba en la heroica niña ni el menor acto de impaciencia, ni una lágrima, ni un gesto, ni otra señal cualquiera que pudiese trasparentar una sombra de disgusto



ó fastidio por tantos padecimientos. Siempre con calma y tranquilidad, apenas pasaba el acceso continuaba la conversación con tanta dulzura y paz, como si no hubiera sufrido nada.

—He servido muchos años en la enfermería, he asistido á muchas hermanas, he visto padecer con una fe y una paciencia admirables; pero con tanta calma en una edad tan tierna, eso es muy sorprendente!—Así hablaba una hermana que acompañaba á la enfermera, y su emoción era tan grande, que, no pudiendo dominarla, se derretía en lágrimas.

En fin, á una hora avanzada de la noche se pudo dormir la pobre enferma; y al despertar dijo á la hermana:

—Anoche, cuando tenía tos y tú me dabas remedios tan malos y tan amargos, yo los tomaba con gusto, porque pensaba constantemente en la hiel que Jesús gustó por nosotros, así no me parecían amargos ni malos sino muy buenos.

El estado de Josefina empeoraba de una manera sensible, por lo cual necesitaba de una asistencia especial.

—Hija mía,—le dije,—¿no quisieras ir á la enfermería?

—Lo que tú quieras mamá,—respondió con la dulzura de un angel,—eso quiero yo; haz lo que te agrade, querida mamá, lo que complace á mi mamá eso me complace á mí.

Dos días después la hice llevar á la enfermería, donde permaneció hasta su muerte. He aquí á nuestra amada Josefina tendida en su lecho como en una cruz, inmóvil hacía ya diez días; una hinchazón extraordinaria y verdaderamente monstruosa había puesto su cuerpo inconocible; con

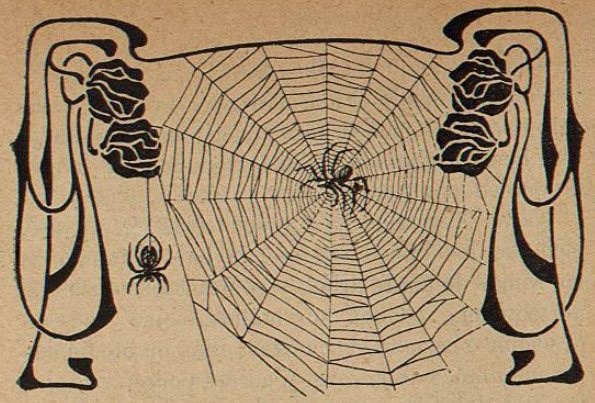
gran trabajo y á costa de agudos dolores lograba mover la mano izquierda; progresando sus males con convulsiones y variaciones contínuas, no se sabía ya qué hacer para darle algún alivio.

A consecuencia de la excesiva hinchazón del cuerpo se le habían formado varias llagas que le supuraban con abundancia; ¡cruel tormento! sólo su vista recordaba á Job. Ocho aberturas deformaban su cuerpo, y el resto parecía en plena disolución; entonces ¿cómo hacer para no lastimarla en los servicios más indispensables?

Lo que tuvo que sufrir en ese estado, no cabe expresarlo: dolores muy agudos en las entrañas y en el cerebro, desvanecimientos contínuos, vómitos violentos y escalofríos seguidos de ardientes calenturas; he aquí su pan de cada día, he aquí el lastimoso espectáculo que desgarraba nuestros corazones y llenaba nuestros ojos de lágrimas.

Crece, niñas, la paciencia de nuestra enferma á medida que van creciendo sus sufrimientos; ya porque Dios va dando mayor gracia á medida que más el hombre la necesita, ya sea que la misma virtud, con el ejercicio, en la misma enfermedad se va aumentando y perfeccionando. Sabed que en el padecer, es en donde se afina y se acrisola la virtud del cristiano, y preparaos para cuando el Señor os visite con las penas.

---



## LOS ANIMALES

*XIV. De las arañas.—Sus telas: unas en el agujero, otras en el aire.—El cazador.—Sitio que escoge.—Detalles de la caza.—La Divina Providencia.*

En esta misma cuenta y para este mismo fin, que dijimos, sirven las arañas, pues no sirven para el uso de la vida humana, ni son pequeñas las habilidades que el Criador les dió para mantenerse. Su mantenimiento es la sangre de las moscas, y para prenderlas hacen una tela más sutil que cuantas se tejen en el reino de la Cambaya, sin otra materia más, que la que sacan de su mismo vientre, el cual, con ser tan pequeño, basta para dar hilaza á tan grande tela como á veces hacen. Pues con esta tela cerca el araña el agujero donde está escondida, como espía ó como salteador de caminos que espera el lance para saltear y robar. Y cuando la mosca inocente de tales artes